

extensa, es un documento imprescindible en el que se recogen los datos básicos de aquella época, que al leerla casi nos parece mentira que el país se pudiera adaptar a ella. La segunda parte es más doctrinal, e intenta interpretar ideológicamente la trayectoria histórica descrita en la primera.

Si es apasionante la lectura de la primera mitad del libro, porque recuerda hechos que la mayoría de los españoles no han conocido, y es imprescindible no olvidarlos; la segunda mitad resulta igualmente interesante al intentar ese comienzo de interpretación —que habrá de ser desarrollada en el futuro—, que tanta falta hace para encuadrar debidamente lo que pasó en estos últimos cuarenta años de franquismo.

Imposible resulta hacer ni siquiera un análisis somero del libro, porque habría que reproducirlo todo, ya que de él no sobra ni un párrafo, ni una frase. Y eso invitaría al lector de TRIUNFO a que tuviera un conocimiento directo de sus páginas.

Arranca con la llamada "cruzada", aportando datos indubitables sobre la responsabilidad que la Iglesia española tuvo en bautizar desde el primer momento nuestra guerra civil con ese nombre híbrido y que muchos católicos desechamos totalmente por impropio de una guerra entre hermanos. La operación de despegue de esta responsabilidad, que quisieran ahora realizar algunos obispos o arzobispos, no es de recibo, porque los datos históricos están ahí, y es más noble asumirlos que intentar desvirtuarlos.

Por sus páginas pasa la confusa figura del Primado de España, cardenal Gomá, que por entonces llevaba la responsabilidad espiritual de los católicos españoles. Interesante hubiera sido conocer más detalladamente la postura ambigua de este cardenal durante la República, manteniéndose en contacto secreto con el exiliado cardenal Segura. Pero lo que sí se ve en el libro es cómo al final de su vida recapacitó adoptando una postura más crítica con el Régimen franquista.

Desfilan también por sus páginas las importantes actividades de la llamada "Santa Casa", que tanta responsabilidad tuvo por su apoyo entregado ciegamente al franquismo, a pesar de que algunas de sus ideas del tiempo anterior a la guerra civil no concordaban claramente con nuestra dictadura. Pero pudo

más el banderín de enganche católico que aireó el franquismo y los privilegios que a la Iglesia oficial se concedieron que las convicciones moderadamente democráticas de este grupo.

Del mismo modo desfilan también por sus páginas los influyentes miembros del Opus Dei, con todo el papel que tuvieron públicamente dentro del franquismo.

Los problemas del Concordato de 1953 se analizan cuidadosamente, aunque se necesitará en un futuro ampliar algunos hechos que deberían conocerse y difundirse mediante un estudio cuidadoso de la actitud del Papa Pío XII, que no fue tan complaciente como se ha dicho y que retrasó durante muchos años la firma de este acuerdo, y que sólo fue conseguido por la influencia moral decisiva que tuvieron algunos católicos significados de cara a la Santa Sede. El autor habla de ello, y creo que podría continuar ahondando en ello todavía más, y sería muy clarificador el día que desarrollase en nuevas publicaciones estos puntos que él inicia.

Un tema que resulta apasionante es el de la postura cada vez más noble y más independiente del cardenal Plá i Deniel. También ésta sería una veta histórica a desarrollar en un futuro trabajo del autor, analizando los editoriales que él publicó en la revista "Ecclesia" y sus cartas pastorales que no se dejaron publicar entonces en los periódicos en más de una ocasión. Yo tuve la ocasión de hablar repetidas veces con este cardenal y me comentó algunos detalles que realzan su figura en los últimos tiempos, a pesar de su devoción a Franco, pero con una mayor devoción a la independencia de la Iglesia, cuando empezó a pecar del mal que había hecho la excesiva confusión político-religiosa que fomentó hábilmente el franquismo.

Interesantísimo también el proceso crítico que comenzó entrados los años cincuenta en las filas católicas, y la conciencia seglar que en la Iglesia se fue produciendo y que tuvo su inicio en la revista "Espiritualidad Seglar". Yo, que viví intensamente aquella época, veo que cita a casi la totalidad de los personajes católicos que entonces realizaron una buena labor, y lo hace con muy oportunos comentarios.

Todo análisis resulta insuficiente para saber lo que significa este libro, que, a pesar de ser solamente un inicio, merece todos los plácemes por su cuidado-

so libro, su independencia y, en muchas ocasiones, por su valentía viniendo como viene de un miembro de la Iglesia. Las lagunas que pudiera tener, como es natural, no empañan para nada el interesante, serio y hasta ameno trabajo que ha hecho José Chao. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## TEATRO

### Barcelona: Cómo va la temporada

Meses atrás, la Asamblea de Actores y Directores apareció como un factor nuevo, capaz de alterar la vida teatral barcelonesa. La temporada veraniega del griego y el número de representaciones organizadas en diversos lugares de Cataluña constituyeron la positiva manifestación de esa Asamblea, si bien —y de ello hablamos ampliamente en su día— no debían olvidarse dos puntos: uno, que para esas actividades se había contado con fuertes subvenciones; otro, que se trataba sólo de un primer paso dentro de un difícil y ancho programa político y cultural.

De entonces a hoy la Asamblea se ha escindido en dos, ante la justificada crítica de quienes desean la reunificación. Las circunstancias son difíciles y, con independencia de las lógicas discrepancias políticas, parece evidente que la escisión sólo puede contribuir a debilitar la ya de por sí delicada situación del sector. Mientras cada Asamblea debate sus respectivos puntos de vista, el hecho cierto es que no sólo se ha dejado de producir, sino que incluso algunas producciones ya hechas no pueden presentarse —por haber entrado en conflicto sus actores— y existe un claro desconcierto en cuanto a los posibles títulos del futuro...

Había que comenzar por aquí. Justamente por nuestra solidaridad con los objetivos inicialmente establecidos por la Asamblea de Actores y Directores y porque

creemos que sólo el tratamiento riguroso del tema puede ayudar a la superación de la actual crisis.

De los títulos que abrieron la temporada, los más interesantes, por razones diversas, fueron: "Divinas palabras", de Valle-Inclán, por la compañía de Nuria Espert; "Equus", con un nuevo reparto, siempre bajo la dirección de Manuel Collado; "Terra baixa", de Guimerá, por la Titular del Romea, y "Cambio de tercio", por el grupo Tábano, en la sala Villarroel.

"Divinas palabras" rescató temporalmente el Tivoli para el teatro. La crítica ha sido dispar; a unos les ha gustado y a otros no, pero la asistencia de público ha sido numerosa, reafirmando así la sugestión que sobre un amplísimo sector ejercen los espectaculares montajes de Víctor García. La temporada catalana de "Divinas palabras" concluye a mediados de noviembre, y es presumible que se estrene al fin en Madrid, dentro de poco, tan resonante y polémico trabajo.

En un plano económico, el espectáculo que ha conseguido taquillas sin precedentes ha sido el "Equus", con Fernando Guillén en el papel que estrenó López Vázquez en Madrid, y Juan Ribó en el que estrenó y luego abandonó. Quizá el clima cultural de Barcelona esté más cerca que el madrileño de la obra. Lo cierto —y ahí está el dato para quienes nos preguntamos por nuestra realidad social— es que "Equus" ha conseguido en Barcelona una media sin precedentes en la historia de nuestros escenarios.

Cerrado el Capsa para el teatro, con todo lo que significa de negativo su pérdida tras tantos años de ejemplar programación, sólo la sala Villarroel está dispuesta a albergar a los grupos independientes. En dicha sala, Tábano presenta, de jueves a domingo, "Cambio de tercio", espectáculo fuertemente politizado, bien acogido y sujeto a las pautas estilísticas del conocido grupo madrileño.

En otro orden, dos títulos: "Los chicos de la banda", en el Español, el antiguo y ya clausurado domicilio del Nacional de Barcelona, y "Sencillamente un burgués", con Arturo Fernández, en el Talla. ■ JOSE MONLEON.